

3 de abril de 2011

Entrevista / Paul Virilio / El reverso del accidente

El 11 de marzo, un terremoto de 9 grados Richter, un tsunami y la amenaza nuclear sorprendieron a Japón, que históricamente ha estado ligado a la catástrofe. En este número, exploramos cómo la cultura japonesa ha plasmado sus tragedias y temores en literatura, cine y manga. El pensador francés Paul Virilio, quien ha reflexionado sobre el impacto de la revolución tecnológica, comparte su opinión sobre la triple catástrofe en Japón

Auxilio Alcantar

Como consecuencia de la velocidad vertiginosa y el carácter planetario de los acontecimientos de nuestra época, el tiempo se ha reducido y ahora se impone lo instantáneo, asegura en entrevista el teórico francés Paul Virilio, estudioso de la velocidad, la guerra, las máquinas y el accidente, y autor de *Estética de la desaparición* y *Ciudad pánico*.

En esta convergencia se gesta el accidente que encadena sucesos adversos de impacto integral, como en la catástrofe de Fukushima, más grave a juicio de Virilio que el caso de Chernobyl de 1986.

En la actualidad, los medios de comunicación se definen por la urgencia del miedo, precisa Virilio, y contra esta pulsión generalizada recomienda se estudien los hechos históricos y el "muro del instante" que nos circunda.

El pensador francés, arquitecto y urbanista de formación, conmina a comprender las proezas tecnológicas como el reverso del accidente: cada invento conlleva su propia catástrofe.

En relación con "la aceleración del tiempo" sobre la que usted tanto ha reflexionado, ¿cómo explica los acontecimientos que han ocurrido en Japón? Hemos llegado al límite de un muro invisible en donde lo que prima es el corto plazo, un tiempo súper corto. Antaño, la historia se inscribía en un muro de tiempo largo, el de la vida y la muerte. Toda la historia política, económica, cultural, científica, estaba enmarcada en esa duración de largo

plazo, entre la vida y la muerte. Con el progreso tecnológico del siglo 20 hubo una mutación de espacio-tiempo, se modificó la relación que teníamos con la temporalidad, y ahora estamos en la lógica de una velocidad que aumenta sin cesar. Vivimos al ritmo de los acontecimientos, al ritmo del corto tiempo, es decir del accidente. El acontecimiento surge de manera intempestiva y no se puede controlar.

En varias ocasiones di como ejemplo el crash financiero, diciendo que estábamos frente a un accidente integral, no sólo local como en el pasado, con el Titanic y otros, sino que estábamos frente a la multiplicación de accidentes e, incluso, la industrialización del accidente. Lo que ocurre hoy en Japón es un ejemplo.

En mi libro El accidente original, yo decía: "Vamos hacia el accidente integral, global, es decir, un accidente que genera otros, un accidente motor, dinámico". La gente en aquel entonces me decía: "Usted es un pesimista, exagera". Para nada, y la prueba es lo que acaba de ocurrir. Un sismo, un tsunami, una catástrofe nuclear, sin hablar del crash financiero que seguirá en Japón.

Estamos frente a una nueva temporalidad, que es la del "instante". No ya la del tiempo y la duración, que se inscribía en la historia general, sino de la inmediatez. Estamos gobernados por computadoras que van mil veces más rápido que el cerebro humano. El transporte va a una velocidad increíble. Tenemos un TGV, tren de gran velocidad, que viaja a más de 300 kilómetros por hora, aviones supersónicos, transmisiones instantáneas. Nuestra apreciación de la escala del tiempo y distancia se ha modificado. El mundo se ha quedado chico para tanto progreso. Hemos pasado de una aceleración de la Historia a una aceleración de lo real. Y no olvide que la velocidad es poder.

A partir de la modernidad se habló de historia del evento, con las guerras, la hambruna, los acontecimientos de mayo del 68. Ahora estamos frente a ese muro del instante y la historia se convierte en accidental, es decir, absolutamente imprevisible. No es un acontecimiento como una guerra declarada o acontecimientos políticos como mayo del 68. Lo que vivimos es la posibilidad de accidentes sucesivos y en serie, de accidentes sistémicos. Hoy, en relación con los bancos, se habla de accidentes sistémicos, de crisis sistémicas. Pero la crisis sistémica no es sólo económica, es también ecológica. Y lo que ocurre en Japón es peor que lo que sucedió en Chernobyl.

Antes, los accidentes eran locales, con la catástrofe nuclear de Chernobyl pasamos a accidentes más generales, a consecuencias inscritas en la duración. Chernobyl sobrepasó el tiempo y el lugar de la explosión. Todavía hoy no conocemos las consecuencias reales de lo que ese accidente produjo. En Japón estamos hablando de un accidente integral, global, que no ha terminado todavía.

Los accidentes, los acontecimientos que estamos viendo implican, dice usted, una aceleración de tiempo, reducción del espacio, lo que lleva a la sintonización de emociones y sincronización de opiniones. ¿Lo siente así con respecto a Japón?

Sí, por supuesto. De cara a un acontecimiento de esta naturaleza, la cuestión del miedo es un elemento determinante. El miedo, junto con el amor, ha sido siempre la emoción máxima, la emoción que estremece. Ahora estamos frente a un miedo que es apocalíptico, un miedo que no es sólo el del

hambre que puede sufrir un grupo de individuos, no es el del miedo en el que se pasa de la vida a la muerte, en esa duración larga de tiempo de la que le hablaba. Esta vez es un accidente situado en el muro de tiempo corto, el de la inmediatez, de la instantaneidad y la oblicuidad.

El tiempo de los medios de comunicación está definido por la urgencia. Una necesidad imperiosa de informar de todo, de la manera más rápida posible y en tiempo real. La información en continuo, repetida en todos los medios, hace que los ciudadanos de todo el mundo compartan el miedo de los japoneses. El índice de radiactividad se registra en Japón, y de manera virtual se siente en un sinnúmero de lugares. En este sentido, el miedo es un elemento de pánico, que debido a la inmediatez de la información, corre el riesgo de generar accidentes políticos y económicos que ni siquiera imaginamos.

Hace tiempo propuse, en mi libro *La universidad del desastre*, la creación de una nueva universidad, con todos los países y civilizaciones concernidas, donde se piense, se analice ese muro de instante, que no es el muro de la historia. Que no es el muro del tiempo largo.

Para Japón, es una gran tragedia lo que acaba de ocurrir y también un recuerdo de lo que fue Nagasaki. ¿Dos generaciones pueden encontrarse en este sentir?

Esa tragedia apenas empieza y la historia tiene amplios ejemplos de lo que le digo. Yo soy un infante de la guerra y todavía recuerdo. Hasta la Primera Guerra Mundial había militarmente un frente y una retaguardia, en la Segunda Guerra se abolió esa separación.

Cuando yo tenía 11 años, mi ciudad, Nantes, fue bombardeada, era septiembre de 1943. Destruir una ciudad en un día es algo traumático, es un fenómeno de destrucción real. La guerra relámpago borra la realidad urbana y conduce a Hiroshima y Nagasaki.

Con la industria nuclear hemos tenido la bomba en Hiroshima y Nagasaki. Después hemos visto misiles intercontinentales con armas atómicas, lo que se llama la disuasión nuclear.

Ahora, con Fukushima, tenemos misiles inmóviles, misiles nucleares inmóviles llamados "centrales nucleares", que existen no sólo en Japón, hay que decirlo. Son misiles inmóviles en espera del accidente fatal.

Lo que le digo no son palabras de un hombre pesimista ni apocalíptico, es simplemente una reflexión realista y racional.

Las proezas técnicas están llenas de promesas catastróficas y hay que saberlo. Hay en todo una correlación. La tecnología se perfecciona y la superficie de contacto con lo desconocido se amplía.

Cada invención inventa su propio accidente: el tren, el descarrilamiento; el avión, el accidente aéreo; el nuclear, lo que vemos hoy en Japón.

Auxilio Alcantar, periodista cultural